

MOLLEDO

El museo que no fue

Reforman la casa natal de Leonardo Torres Quevedo que seguirá siendo vivienda de los herederos del genio

26.05.2008 - N. CAVIA

Si uno se da una vuelta por Santa Cruz de Iguña, dentro del término municipal de Molledo, podrá ver como van muy avanzadas las obras de restauración de la casa natal de unos de los cántabros tan audaz, inteligente e internacional como poco valorado aquí. No cabe duda de que, de hecho, es el ingeniero más universal que esta tierra ha dado. Un cántabro a la altura de Santiago Ramón y Cajal en la ciencia y tecnología española. Y pocos más. De un gran hombre en la historia. De Leonardo Torres Quevedo, una de las biografías más excepcionales en el campo de la ciencia y la técnica que se pueda contar. Todo un anticipo de la modernidad.



En la imagen puede verse la fachada que durante años presidió la casa de Torres Quevedo. / N. CAVIA

Antecedentes que deberían ser suficientes para haber apostado decididamente, si se le hubiera reconocido primero a él, por haber logrado que su casa natal fuera lo que muchos predicaron, un museo dedicado a su intensa vida y extensa obra. De hecho, hace diez años, a finales de 1998, la Comisión de Educación y Cultura de la entonces Asamblea Regional aprobó una serie de medidas para garantizar la conservación de la casa natal de Torres Quevedo en Santa Cruz de Iguña. Aquella propuesta pretendía la adopción de actuaciones encaminadas a preservar, junto al edificio, el gran patrimonio documental, bibliográfico y doméstico que en él se encontraba. La intención no era otra sino la de promover la difusión de la vida y obra del inventor del Valle de Iguña creando un archivo, un museo interactivo en constante relación con la sociedad, especialmente la escolar.

Residencia de mayores

Incluso mucho antes, según cuentan los vecinos del pueblo, el que fue presidente de Cantabria, Juan Hormaechea, ya quiso, coincidiendo con la compra de los terrenos de Cabárceno, adquirir la casa para abrir en la planta baja un museo y utilizar las otras dos como residencia para mayores.

En fin, todo ello no parece que tenga un final feliz. Las obras de reforma de la casa se encaminan a que siga siendo el hogar de los herederos del inventor. Una casa que hace apenas unos meses amenazaba ruina. Los muros se resquebrajaban, las tejas acampaban en el suelo, las ventanas perdían cristales y marcos para aumentar el deterioro de fantásticos muebles que aún pervivían, con un sinfín de maravillas, dentro de esa gran mansión. El tiempo, y los factores de destrucción que le acompañan, habían tomado su propia decisión, ajena a la de los políticos, pero, por lo que se veía, mucho más efectiva.

Una gran mansión

Cuentan los que lo vieron que en el interior de la casa de Torres Quevedo, vigilada de cerca por una estatua en su memoria, se hallaban recuerdos primordiales de lo que fue su vida y creatividad. Muebles de incalculable valor que guardaban desde cuberterías primorosas o cristalerías que eran un conjunto de campanas transparentes, hasta libros del inventor ajados por el tiempo y las polillas que recogían frases manuscritas en los espacios en blanco. Cartas, dibujos, ropas, muchos recuerdos. Cuentan los que vieron el interior en ruinas de la casa, antes de que hubiera que tapiarla tras algunos robos, que cada piso, de los cuatro que tuvo, transmitía parte de la vida que en esa casa se organizaba cada día.

Abajo un gran recibidor, una capilla que presidía la Inmaculada, y la biblioteca personal, con libros, planos, documentos de su época. Y lo dicho, muebles labrados de todo tipo y estilo, a cual más elegante. En la primera planta un salón en el que pasaba Leonardo Torres Quevedo el tiempo que le dejaban sus ocupaciones.

Cajones secretos

Escritorios de múltiples cajones pequeños al frente, algunos, como no, secretos. Mesas de trabajo, sillones y divanes, mecedoras y estanterías llenas de más libros, acristaladas la mayoría, y la más bella rodeando una columna que, por lo que dicen los que saben, escondía el sistema de calefacción de la casa. Un espejo ocultaba una puerta hacia otra sala. Una pared, casi completamente acristalada, dejaba ver la escalera principal. La otra pared daba a la calle, iluminando lo que en su día fue un hogar, convertido en el dolor de la destrucción de una parte, insisto, de la historia. En esa planta se encontraban otras habitaciones, como una cocina, dormitorios, y comunicaciones entre salas y pisos.

En la segunda planta más espacio para cocinar, baños por doquier, dormitorios, salas para juegos y un gran salón en el que los muebles guardaban, en la medida de lo posible, esas cristalerías y vajillas de las que hablan maravillas. Por cierto, cuentan los habitantes de Santa Cruz de Iguña que había una puerta oculta que comunicaba las cocinas con ese salón comedor.

En la última planta se encontraban las habitaciones de las personas que estuvieron al servicio de la familia Torres Quevedo.

Queda el recuerdo de los que lo vieron, sin museo que lo remedie. Ahora, son tiempos de reformas.